

EL DESAFIO DE LA NUEVA EVANGELIZACION

POR

JOSÉ ORLANDIS

SUMARIO: 1. El cuarto viaje de Juan Pablo II a España.—2. Secularismo y descristianización.—3. Una ciudad de los hombres sin huellas divinas.—4. La utopía de la «ciudad socialista».—5. El secularismo occidental.—6. La nueva evangelización.—7. Salir a la calle.—8. La familia cristiana.—9. El mundo de la comunicación social.—10. Las raíces y los frutos.

1. El cuarto viaje de Juan Pablo II a España.

El viaje a España del Papa Juan Pablo II, que tuvo lugar entre los días 12 y 17 de junio de 1993, constituyó un éxito clamoroso, tanto por lo que se refiere al número de personas que se movilizaron para ver al Pontífice, como por la actitud —por el entusiasmo— de esas personas en sus encuentros con el Vicario de Cristo. La presencia del Papa removió los sentimientos más profundos que, bajo los rescoldos tal vez engañosos de la modernidad siguen latiendo en los corazones de la mayoría de los españoles, y estos respondieron con tal desbordamiento de afecto y cordialidad que se comprende la emoción experimentada por los propios acompañantes de Juan Pablo II, acostumbrados como están a las acogidas que le tributan las gentes de las más diversas culturas e idiosincrasias, en sus frecuentes viajes por toda la redondez de la tierra.

El pueblo español —a juzgar por las apariencias externas— sigue siendo un pueblo cristiano, uno de aquellos pueblos a los que se ha venido asignando tradicionalmente el apelativo de católico en el concierto de las naciones europeas. Pero también es

muy cierto que las apariencias, por significativas que sean, no pueden hacer olvidar la existencia de una crisis, de un morbo desintegrador que socava los propios fundamentos religiosos de la sociedad española, y que esta dolencia no ha pasado inadvertida a la preocupada visión paternal del Vicario de Cristo.

2. Secularismo y descristianización.

La enfermedad espiritual que padece actualmente nuestro pueblo, aquella que el Papa advierte y denuncia, tiene un nombre que sirve para expresarla con suficiente claridad: secularización. Secularismo, secularización, son palabras empleadas reiteradamente por Juan Pablo II para designar una realidad muy compleja en sus causas y manifestaciones, pero fácil de percibir y de diagnosticar. El Papa lo proclamaba cuando advertía en Huelva que nuestra sociedad ha visto difundirse «los fenómenos del secularismo y la descristianización»; y cuando repetía en Madrid que «es innegable la existencia de un creciente proceso de secularización». Si así es como están las cosas, si la secularización es el morbo que sufre la sociedad contemporánea, convendrá precisar lo más posible la naturaleza de ese proceso, para conocer cuál habrá de ser el punto de partida de la nueva evangelización, que el Papa ha demandado a los católicos españoles.

La secularización podría definirse como el designio ideológico —que desemboca en proyecto político— de construir una civilización al margen de Dios, o mejor todavía, de espaldas a Dios y a su ley. Este designio antirreligioso, o al menos arreligioso, pretende ordenar la convivencia humana como si Dios no existiera o al menos como si no tuviera derecho de ciudadanía para hacerse presente en el seno de las sociedades terrenas.

Resulta evidente que el fenómeno del secularismo contemporáneo presenta matices que encierran una indudable novedad. Nunca, a lo largo del pasado, parece haberse dado con rasgos tan acusados como ahora una indiferencia ante lo divino, un embotamiento espiritual tan pronunciado, como el de esas muchedum-

bres anónimas que aparentan no sentir nostalgia de Dios, y ni aún siquiera aspiraciones trascendentes. Haría falta asomarse a las profundidades del «hombre animal» entrevistado por San Pablo, «que no capta las cosas del Espíritu de Dios» (I Cor. II, 14), para encontrar un tal ejemplar humano. El rechazo religioso por parte de los hombres —y más en concreto el rechazo de Cristo— aparece, sin embargo, anunciado de modo expreso en la páginas del Nuevo Testamento.

3. Una ciudad de los hombres sin huellas divinas.

«Vino a los suyos y los suyos no le recibieron», escribió San Juan en el primer capítulo del Cuarto Evangelio, recordando el rechazo de Cristo por parte de su pueblo (Io. I, 11). «No queremos que Este reine sobre nosotros», gritan los siervos de la parábola de las «minas» (Lc. XIX, 14). Es un clamor que no debe entenderse en sentido restringido, limitado solamente al pueblo de Israel, sino que puede ser actitud generalizada de una porción de la humanidad, cualquiera que sea el lugar y el tiempo. El crecimiento de la maldad, que enfriará la caridad de muchos, es anunciado por Jesucristo como un signo escatológico (Cfr. Mt. XXIV, 12), y arroja luz sobre el misterioso interrogante sin respuesta del Señor: «Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?» (Lc. XVIII, 8).

Una ciudad de los hombres sin huellas visibles de Dios, sin signos divinos. En la sociedad de hoy, tan impregnada por la moderna cultura de la imagen, la erradicación de aquellos signos encierra particular importancia y las dictaduras comunistas que sojuzgaron durante muchos años a los pueblos cristianos del centro y este de Europa, procuraron conseguirla por todos los medios a su alcance. En Polonia, el complejo industrial de Nowa Huta se concibió y realizó como el paradigma de lo que había de ser la ciudad socialista del futuro, limpia de cualquier huella religiosa. Se trata de un caso en el que voy a detenerme brevemente, en atención a las circunstancias tan singulares en que tuve la primera noticia del famoso experimento.

4. La utopía de la "ciudad socialista".

En el mes de junio de 1973, se celebró en Granada un congreso sobre Historia del Derecho e Historia Económica, en el que participé como invitado. En la comida oficial de clausura tuve a mi lado a un personaje de excepción: Witold Kula, Catedrático de Historia Económica de la Universidad de Varsovia. Kula, el gran santón de la Historia Económica marxista en los países del este, era un hombre de origen judío, ya bien entrado en años y padecía de manera evidente la enfermedad de Parkinson. Movido sin duda por mi condición de sacerdote, sacó a colación el tema de Nowa Huta, y en un correcto francés me dio la más puntual y auténtica noticia sobre tan interesante cuestión.

Nowa Huta era una ciudad de nueva planta, construida en torno a una gigantesca siderurgia y destinada al alojamiento de los obreros y de sus familias. Emplazada a pocos kilómetros de Cracovia la nueva ciudad había de tener un alto valor simbólico. Frente a la antigua capital del reino, que albergaba los sepulcros de los monarcas, repleta de iglesias y dormida a la sombra de sus campanarios, Nowa Huta se alzaría como la ciudad del futuro, dominada por las chimeneas de los altos hornos y habitada por una población proletaria de obreros metalúrgicos. La nueva ciudad, símbolo de la Polonia del porvenir, se proyectó rigurosamente limpia de signos religiosos: ni una sola iglesia, ni una humilde espadaña, ni siquiera una cruz había de venir a mancillar un paisaje urbano rigurosamente secularizado.

Pero sucedió que apenas instaladas en la ciudad las primeras familias de trabajadores de la siderurgia, se produjo un fenómeno extraño: un domingo por la mañana, en un solar sin edificar apareció una mesa y una cruz de madera, y sobre aquel altar improvisado un sacerdote venido de no se sabe dónde, celebró la Santa Misa, rodeado por un grupo de vecinos. La policía comunista —la «Militja»— una vez alertada acudió prontamente y derribó todo aquello apenas se hubieron retirado los fieles. Pero el domingo siguiente el altar reapareció, y a partir de entonces se

hizo preciso celebrar más y más Misas ante millares de personas que aguantaban a la intemperie las inclemencias de la lluvia y de la nieve. Las autoridades se empeñaron en terminar con aquello, mandaron arrancar las cruces, y estalló la revuelta popular, la confrontación abierta entre los obreros y la Policía. Llegó por fin la huelga general, con una sola reivindicación reclamada a gritos por las muchedumbres: «¡queremos iglesias, queremos a Dios!». El gobierno comunista tuvo que claudicar, y en el corazón de Nowa Huta, la «ciudad socialista del futuro», se levantó una impresionante iglesia dedicada a la Madre de Dios, que fue solemnemente consagrada por Karol Wojtila, arzobispo entonces de Cracovia y futuro Papa Juan Pablo II.

El profesor Kula no ocultaba su perplejidad por la razón del fracaso del estudiado ensayo de la «ciudad socialista». Me comentó que tal vez las autoridades habían cometido el error de considerar que aquellos obreros de Nowa Huta eran ya verdaderos proletarios, cuando se trataba aun de campesinos o hijos de campesinos, convertidos en trabajadores de la siderurgia, pero aferrados aún a sus viejas creencias y tradiciones. En cualquier caso el frustrado experimento era un enigma, sobre el que habían de meditar largamente los teóricos del marxismo.

5. El secularismo occidental.

El fenómeno de la secularización en el Occidente contemporáneo sigue caminos muy alejados del experimento polaco, lo que no significa que estas vías más sutiles no puedan resultar más eficaces. El secularismo occidental no es violento en sus manifestaciones externas, ni pretende recurrir a la fuerza para erradicar de la vida social la religión y sus signos visibles. Una de las buenas razones en que suele arroparse es el pluralismo religioso actual, que justificaría, y casi demandaría el desconocimiento del valor social de la ética cristiana. Los principios fundamentales del cristianismo ya no serían válidos como norma ordenadora de la vida social en la ciudad terrena, desde el momento en que ha desapa-

recido la antigua unanimidad religiosa. El secularismo actual estima tolerable que el individuo rinda culto a Dios en el recinto del templo o en el «santuario» de la conciencia; pero rechaza que la cruz de Cristo pueda tener un lugar en la calle o proyectar su sombra sobre las realidades terrenas.

Las manifestaciones concretas de la concepción secularista de la existencia son muy variadas y alcanzan hasta una cuestión tan radical como es la del origen de la vida. La Bioética cristiana ha de enfrentarse con las visiones materialistas, difundidas y vulgarizadas sin descanso por los medios de comunicación. «Posiblemente —declaraba la Conferencia Episcopal Española en noviembre de 1992— en esta experiencia de la concepción secularizante del origen de la vida, radica una de las fuentes de la indiferencia religiosa».

El matrimonio y la familia también han sido directamente afectadas por el proceso secularizador. La mentalidad hedonista —«pasárselo bien», como ideal de la vida— facilita la quiebra de los vínculos más sagrados —como el matrimonial—, cuando al cabo de los años —pocos o no tan pocos— surgen las pruebas inevitables —a veces el simple desamor o el aburrimiento— que hacen ingrata y difícil la convivencia entre los esposos. El propio mal uso del matrimonio —contra los dictados de la Ley de Cristo y aún de la Ley natural— contribuye a hacer frágil y quebradiza la institución familiar. La epidemia del divorcio, la suerte desdichada de los hijos, el abandono de los mayores a la soledad, son consecuencias penosas pero frecuentes del fracaso familiar.

Todo lo dicho influye en el ambiente y en la mentalidad colectiva del pueblo español. En poco tiempo se ha producido en él un gradual «acostumbramiento» a las situaciones familiares irregulares hasta el punto de no influir negativamente ni aún siquiera en el plano de la actividad política, donde parece que sólo las corruptelas de orden económico pueden resultar perjudiciales. Ha de reconocerse que al proceso secularizador y a la configuración del estado de opinión actual han influido poderosamente los medios de comunicación social. Estos —prensa, radio, televisión—, han mantenido mayoritariamente una orientación opuesta a la

doctrina y a los criterios de la Iglesia Católica: han sido mucho menos cristianos que sus lectores y oyentes y han contribuido a descristianizarlos. La presión ejercida por esos medios sobre el hombre de la calle ha sido muy fuerte y ha lavado muchos cerebros.

6. La nueva evangelización.

Pero ya es hora de abrir los oídos al mensaje del Papa, con el fin de intentar poner por obra el gran programa de restauración cristiana que ha confiado a los católicos españoles. El objetivo hacia el que debe tender ese programa se resume en una expresión que ha sido acuñada por el propio Juan Pablo II: una «nueva evangelización»; y esa es la urgente tarea, el gran desafío que se abre ante nosotros. El estado de profundo deterioro en que se encuentra la sociedad española no puede justificar el pesimismo y la inacción. «Los signos de descristianización que observamos —dijo el Papa en Huelva— no pueden ser pretexto para una resignación conformista o un desaliento paralizador; al contrario, la Iglesia discierne en ellos la voz de Dios que nos llama a iluminar las conciencias con la luz del Evangelio».

El Pontífice alertó a los cristianos frente a la tentación de ceder a la presión secularista, renunciando a la presencia en la ciudad terrena de la que son ciudadanos de pleno derecho. «Es inaceptable —proclamaba en Madrid— la pretensión de reducir la religión al ámbito privado, olvidando la dimensión pública y social de la persona». Y exhortaba así a la muchedumbre de católicos que le oían: «Salid a la calle. Aportad a los hombres la salvación de Cristo, que debe penetrar en la familia, en la escuela y en la vida política». Y todo ello con fortaleza y valentía, a sabiendas de que hoy ser fieles a Dios significará muchas veces avanzar a contracorriente. «No tengáis miedo —insistía el Papa— ante los poderes de este mundo, no retrocedáis ante las críticas ni ante las incomprendiones».

7. Salir a la calle.

«Salir a la calle» —como pide el Papa— significa hacer acto de presencia en medio del mundo. En una civilización de la imagen como la nuestra, los signos religiosos visibles tienen una importancia considerable y su desaparición de la vida social, el que los hombres vayan acostumbrándose a no verlos, es un factor poderoso de secularización. Se me ocurre que en este terreno los sacerdotes podríamos jugar un importante papel. Un factor no despreciable de secularización de la sociedad española ha sido la desaparición del sacerdote de las calles de la ciudad. No es que no los haya, pero es que no se ven. El desacostumbramiento que ha producido su eclipse se deja sentir de modo especial en la actitud de los niños. Antes al ver a un sacerdote, corrían a besarle la mano o a pedirle una estampa. Ahora, como si vieran un ser extraño dicen a sus madres: «¡mamá, un cura!»; si es que no preguntan ingenuamente, como si se hallaran ante un extraterrestre: «¡mamá, ¿qué es ese hombre?».

Ya sé que en muchos lugares el retorno del sacerdote a la vía pública no será fácil; pero valdría la pena intentarlo. Es cierto que hay vestes clericales que han quedado obsoletas por la propia dinámica de la vida moderna. Pero existen otros signos externos capaces de expresar claramente la identidad sacerdotal, y que resultan adecuados a los presentes hábitos de existencia. Una renovada presencia sacerdotal en la calle animaría en primer lugar a los propios sacerdotes, que perderían el explicable complejo actual de «excepcionalidad», capaz de inhibir y retraer a muchos. Animaría también a los católicos, que volverían a reconocer a sus sacerdotes. Y a los ojos de todo el mundo aparecerían otra vez unos hombres que tienen una misión pública en la Iglesia, que son signos visibles de la presencia de Dios en el mundo y han de cumplir el mandato de Cristo de ser sus testigos hasta los últimos confines de la tierra (Cfr. *Act. I, 8*).

8. La familia cristiana.

La nueva evangelización ha de incidir necesariamente en una de las instituciones que más ha padecido durante la época contemporánea: la familia. «El alejamiento de Dios —advertía Juan Pablo II— el eclipse de los valores morales, ha favorecido también el deterioro de la vida familiar, hoy profundamente desgarrada por el aumento de las separaciones y divorcios, por la sistemática exclusión de la natalidad, incluso a través del crimen del aborto». La respuesta cristiana a tanto desorden no puede ser más que una: la nueva evangelización de la familia: «Es necesario —dijo el Papa— presentar con autenticidad el ideal de la familia cristiana».

La familia cristiana puede establecerse sólidamente sobre la institución del matrimonio —sacramento, indisoluble, rectamente ordenado y abierto a la vida. El auténtico ideal familiar a que alude Juan Pablo II ha de cimentarse sobre el amor razonable y fecundo, nunca sobre el egoísmo, que sólo puede generar frustraciones y fracasos. La protección de la familia no sólo es un imperativo de la justicia, sino hasta un acto de sensatez política por parte de los gobiernos y hombres públicos. Occidente, si no rectifica pronto, recibirá el estipendio de su ceguera: el suicidio demográfico y las nuevas invasiones bárbaras —provenientes de Asia y África— que constituirán quizás el fenómeno más grave del siglo XXI. La paternidad responsable y generosa es además condición *sine qua non* para la expansión de la Iglesia. La continuidad del sacerdocio católico, la existencia de vocaciones al pleno seguimiento de Jesucristo, sólo puede garantizarse gracias a los hijos de las familias que sean cristianas y fecundas. Que muchas familias de hoy se decidan a serlo es el reto planteado por el Vicario de Cristo.

El Papa reclamó también con energía una libertad escolar, al alcance de todas las familias. «Es preciso —fueron sus palabras— que los padres y madres cristianos sigan afirmando y sosteniendo el derecho a una escuela católica auténticamente libre, donde se

imparta una verdadera educación religiosa». A esta reivindicación tantas veces formulada por la Iglesia sólo se me ocurre añadir unas sencillas consideraciones. En primer término, que no es justo que la libertad escolar solamente sea derecho de unos pocos, privilegio de una minoría de padres bien acomodados, únicos en condiciones de beneficiarse de una escuela libre que haya venido a ser artículo de lujo; y hoy por hoy ha de reconocerse que la gran mayoría de las familias carecen de los recursos indispensables para poder ejercer su derecho, teóricamente reconocido, a la libre elección de escuela. Y todavía una segunda observación: en España, la escuela libre no corre de momento peligro de morir de muerte violenta; corre el riesgo, y muy grave, de ir extinguiéndose lentamente por asfixia económica.

9. El mundo de la comunicación social.

El mensaje de Juan Pablo II versa todavía sobre otros temas que no es posible examinar aquí. Pero hay al menos uno que resulta obligado recordar, dada la importancia que entraña para la nueva evangelización que el Papa ha pedido a los españoles. Me refiero al tema de los medios de comunicación social. «Es innegable —dijo el Pontífice en Madrid— la existencia de un creciente proyecto de secularización, que halla puntual eco en algunos medios de comunicación social, favoreciendo la difusión de una indiferencia religiosa que se instala en la conciencia personal y colectiva».

Es demasiado evidente para poder ponerse en duda que el mundo de las comunicaciones —prensa, radio, televisiones públicas y privadas— tienen hoy, salvo contadas y conocidas excepciones, una inspiración secularista e incluso hostil hacia el cristianismo y la Iglesia Católica. Se trata de algo bien sabido, a que ya se hizo alusión antes, pero que importa recordar ahora, cuando se trata de revisar los objetivos para la acción contenidos en las alocuciones y discursos de Juan Pablo II.

Los católicos españoles han de ser conscientes del efecto de-

moedor que han tenido para las convicciones religiosas del pueblo los incontables errores, torpezas y abandonos que se han producido en este campo de tanta importancia para la configuración de las conciencias, a nivel personal y colectivo. Los medios de comunicación en su gran mayoría, han ido a parar a manos laicistas y han jugado el papel de poderosos instrumentos de secularización. Deber de todos los católicos es conseguir ahora que haya medios capaces de servir de instrumentos de evangelización. Y esa tarea, y esa responsabilidad compromete a todos, desde el empresario o periodista hasta el último de los televidentes o lectores de periódicos. De la acción que se lleve a cabo en este terreno dependerá en buena medida el éxito del mensaje que Juan Pablo II vino a traer a España.

10. Las raíces y los frutos.

En mensaje del Papa —y esta es nuestra definitiva conclusión— no caerá en el vacío si consigue suscitar una reacción amplia y positiva. De la validez de la respuesta que sean capaces de dar los católicos dependerá que las raíces cristianas, que todavía existen en el alma de la mayoría de los españoles, generen nueva savia y el árbol añoso vuelva a cubrirse otra vez del follaje, de las flores y los frutos de una nueva primavera cristiana. Esta será la señal inequívoca de que estamos en camino de afrontar victoriosamente el desafío de una nueva evangelización.